MARIPOSAS EN TU ESTÓMAGO

COMPLEJO DE MARIPOSA

NATALIE CONVERS

booket

Natalie Convers

Mariposas en tu estómago

Complejo de mariposa

Partes VII, VIII y IX

Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar
con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Natalie Convers, 2016, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: Shutterstock
Ilustraciones del interior: Freepik
Primera edición en Colección Booket: julio de 2017

Depósito legal: B. 14.253-2017
ISBN: 978-84-08-17336-6
Composición: Ätona - Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO 1

BECA

La pregunta sobre qué hace mi padre aquí, en medio de nuestra cena en un país extranjero, cae en el vacío y nadie la recoge. Tan aturdidos están todos en la mesa, Dmitry, Ángela, Elisa y Sofía, como yo.

Excepto Alex..., Mick y...

¡Dios mío! Mi padre, de carne y hueso, está inexplicablemente ahí, delante de mí, delante de todos. Observo que aprieta el asa de un maletín de piel oscura entre los dedos de su mano derecha hasta que los nudillos se le quedan blancos. Mi ansiedad por lo que pueda haber dentro se dispara.

De algún modo consigo salir de mi estupor inicial, pero es peor ser tan consciente de su presencia. Mi cabeza empieza a divagar y mis pulsaciones se vuelven más rápidas, son duros martillazos contra mi pecho.

Papá... La palabra se queda atascada en mi garganta.

Cuanto más me hundo en la vorágine de mis pensamientos, más siento cómo una serpiente invisible me sisea al oído aquello que no quiero escuchar. Esta se

desliza por mi cuello, me presiona y, cuando parece que me va a soltar, hincha todo su pequeño cuerpo y me ahoga en su abrazo mortal. El horror me estremece, se aferra a mí con todas sus fuerzas. De repente, varios escalofríos me recorren el cuerpo, cada uno de ellos acompañado por un sudor helado que parece lacerarme la piel con un látigo en cada estremecimiento.

Me cuesta recordar que debo respirar.

El miedo no es algo recomendable para nadie, pero si detrás de él se esconde la culpabilidad, entonces eso..., eso sí que te puede hacer entrar en pánico real, y es lo que yo estoy sintiendo.

«La muerte del hermano de Alex no es culpa mía ni de mi padre», me corrijo primero.

«¡Cálmate!», me grito mentalmente con todas mis fuerzas, y al instante la visión de la serpiente desaparece.

El silencio sigue cargado y lleno de interrogantes. Nadie se atreve a romperlo todavía y la cena ha dejado de humear en nuestros platos. Apenas noto la sombra de Alex a mi lado, que echa un poco hacia atrás su silla arrastrando ligeramente con un pequeño golpe de las patas de manera que llama la atención de los demás, y luego se inclina para recoger de la pálida alfombra con arabescos mi tenedor, que he tirado inconscientemente en medio de la conmoción. Con una actitud indescifrable lo deposita en el espacio que ha quedado libre del mantel.

Alex... Ha debido de ser él quien ha provocado esta situación. Pero... ¿por qué?, ¿cómo?, ¿qué trata de hacer? Estas y más preguntas se formulan en mi cabeza de forma atropellada cuando me giro hacia él interrogante. Nadie puede conocer sus pensamientos, con Alex las certezas son siempre muy relativas.

Él vuelve a colocar su mano en mi rodilla, pero no me mira, e ignora también las miradas del resto.

De pronto, sus dedos me presionan brevemente la pierna como si intuyera mi ansiedad. O quizá es él quien busca mi apoyo. Es muy difícil saberlo.

Decido confiar en él, y eso me hace más fuerte. Me relajo, aunque por poco tiempo.

—Rebeca, hija...

La voz de mi padre, ronca y fuerte, de fumador, entra por mis oídos, vibra de una manera muy real en mi cabeza y desciende hacia el fondo de mi estómago como una bola de fuego. Me vuelvo de nuevo hacia él, aunque solo deseo huir de esta casa, regresar a mi pequeña habitación en Madrid y sentirme rodeada por los brazos de mis hermanos y de mi madre. Lejos de este lugar y de esta inquietante escena «familiar».

Todavía quedan unas semanas para que empiece la universidad, pero parece que las vacaciones han terminado antes de lo esperado.

Trago saliva.

Mi padre no aparta la mirada de mí. Esta trasluce una pequeña parte de mis propios sentimientos durante un instante a través de sus ojos castaños, tan similares a los míos, pero él pestañea y de inmediato la inquietud se convierte en determinación sólida. Se lleva la mano libre a la cabeza y se quita el sombrero de color gris oscuro para saludar con un ligero aire en el gesto a Humphrey Bogart, su actor favorito desde que vio *Casablanca* de joven. Me sorprende que yo pueda recordar este detalle de su vida a pesar de que pronto harán tres años sin él en casa.

Siento un leve pellizco en el pecho, muy cerca del corazón. ¿Es añoranza?

Me percato de que los dedos le tiemblan de forma sutil. Al igual que Mick, Daniel tampoco se ha deshecho de su abrigo, y lleva una bufanda negra enrollada al cuello, casi tan apretada como el abrazo de una boa constrictor. Sus mejillas están desteñidas por pequeñas motitas blancas y rosadas debido al frío de la calle, que puedo oler entremezclado con un perfume barato y fuerte que llena el ambiente del comedor.

En estos momentos en los que ya sé la verdad, dónde estuvo mi padre en lugar de permanecer en casa con su familia, lo veo de forma diferente. Noto que sus prendas no están tan nuevas como me parecieron la primera vez que lo encontré en la cocina discutiendo con mi madre, y que han pasado por tiempos mejores. Las mangas de su abrigo están desgastadas, y en una de ellas observo que hay una pequeña mancha blanca.

Quiero levantarme, pero cuando hago el intento, Alex me pasa con delicadeza la mano por mi cintura muy cerca del agujero, para recordarme el roto de mi vestido, y me retengo.

Frunzo el ceño. A diferencia de mí, Alex continúa con la misma expresión de impasibilidad, y cada vez me parece más evidente que la presencia de mi padre no le resulta ninguna sorpresa.

Los cables de mi cerebro empiezan a conectarse entre sí, uno a uno, y entonces entiendo que hasta el accidente provocado en mi vestido antes de comenzar a cenar podría no haber sido solo una coincidencia.

Esta noche Alex está decidido a encender un fuego griego, uno imposible de apagar.

«¡Dios mío...!», me repito mentalmente una y otra vez. Por unos instantes me debato entre levantarme y

zarandear a Alex al tiempo que le grito lo que pienso de toda esta locura.

De repente, una copa de cristal atraviesa mi campo de visión, cae a los pies de mi padre y se hace añicos con un sonido estentóreo que repercute en todo el comedor. La alfombra se tiñe de oscuro por el contenido de la copa.

Mis pensamientos se desvanecen de inmediato.

—Fuera, fuera de esta casa, bastardo. Aléjate de mi familia —ordena.

Ese alarido furibundo y palpitante que se ha escuchado ha sido el de la madre de Alex, incluso sin mirarla lo sé. Todos se dan la vuelta hacia ella, excepto yo, que todavía observo los restos de cristal con la misma atracción que existe entre un pedazo de hierro y un imán.

Al final, giro la cabeza también. Me quedo paralizada. Ángela se ha levantado de la mesa. Sus pupilas destilan un auténtico resentimiento hacia mi padre, intensificado por las luces de las velas ubicadas en la mesa. Lo ha reconocido y el cuerpo le tiembla violentamente por la adrenalina. Sus cejas fruncidas, los labios apretados...: el bello y armónico conjunto de su cara que parece siempre inalterable se ha transformado en una máscara de ira y puro odio.

—¡Largo! —exige Ángela, y se lanza sobre mi padre antes de que alguno de nosotros podamos reaccionar a tiempo.

Tal vez Daniel no empujó a su hijo con sus propias manos aquel día mientras escalaban, pero Ángela lo ve como el asesino real, el «contenedor» donde ha desechado todo su dolor y la rabia por la pérdida que ha sufrido. Quizá por ello quiera alejarlo con todas sus fuerzas.

Mick es el primero en actuar: trata de alejar las uñas del rostro de Daniel como puede, llevándose algún arañazo en el proceso.

—Papá —lo llamo desesperada, y me giro hacia Alex, que permanece en su sitio observando la escena con un rostro inescrutable.

No puedo creer que esto esté ocurriendo. Se supone que Alex y yo íbamos a disfrutar de un viaje repleto de buenas noticias, pero ahora siento que me voy a desvanecer.

«No, debo ser fuerte», me digo.

—Cariño, tranquilízate, por favor —interviene el padre de Alex agarrándola por la espalda como si se tratara de un peso más ligero que una pluma para él. Dmitry ha perdido todo rasgo de humor y compone una expresión dulce, mientras intenta que su mujer no tome otra de las copas como proyectil—. ¿Qué te sucede, Kalinka?

El cabello de Ángela está esparcido de forma desordenada por sus pequeños hombros, confiriéndole el aspecto de una fiera a la que le acaban de arrebatar sus crías. La imagen me resulta desgarradora.

Entonces ocurre aquello que había estado queriendo evitar: la madre de Alex me mira a mí a través de esas dos pupilas contraídas y me señala con un dedo. Es la viva imagen de Maléfica en *La Bella Durmiente* cuando descubre a su cuervo petrificado.

Aguanto la respiración. Cierro las manos y formo dos puños y en mi cabeza canto una nana, es una canción tan simple que ni siquiera tiene letra y que mamá suele tatarear mientras limpia cada vez que está preocupada.

—Tú también. Fuera. Fuera de la casa —grita Ánge-

la muy alterada—. Eres la hija de un asesino. Aléjate ahora mismo de mi hijo.

La voz se le agrieta con las últimas palabras y suena más como un gemido ahogado.

Alex se aclara la garganta y adelanta el cuerpo en un ademán protector. Noto que Dmitry entorna los ojos en dirección a mi padre para concentrarse en su rostro y luego lo compara con el mío. De pronto, abre los párpados de golpe como si acabara de entenderlo. Sin embargo, esconde sus emociones al instante de tal modo que me recuerda a Alex y, de inmediato, sus raíces rusas toman el control confiriéndole un gesto enérgico de seguridad en sus masculinas y atractivas facciones.

—Kalinka, es Beca, la novia de nuestro hijo. Ella no tiene nada que ver con lo que le ocurrió a Eduardo. Es una buena chica —dice en tono suave al mismo tiempo que le acaricia el hombro.

Dmitry hace gala ante su mujer de una enorme paciencia y serenidad, que le han granjeado su actual fama de importante hombre de negocios, pero Ángela se resiste todavía. Entonces, Dmitry la gira por los hombros y la atrae con fuerza contra su cuerpo, arropándola entre los brazos. Siento la imperiosa necesidad de cubrirme los ojos, pero me contengo.

Ángela se queda paralizada de repente debido a la sorpresa; no obstante, solo por unos segundos.

—Suéltame —insiste con una voz débil. Las lágrimas le ruedan por las mejillas y parte de su maquillaje se ha ido con ellas por su rostro—. Por favor, Dima —suplica.

—Sofía, toma a mi mujer y llévatela para que descanse en nuestra habitación, por favor —ordena Dmitry con una voz potente y grave, todavía más escalofriante por la fuerza del acento de su lengua materna.

Nadie querría llevarle la contraria, igual que nadie se colocaría delante de un león con las fauces abiertas dispuesto a convertirle a uno en el aperitivo para la cena.

—¡No! Sofía, quédate donde estás —se impone Ángela de pronto—. Son ellos los que deben irse de aquí, Dima. No puedo ver a ninguno de ellos.

Dmitry empieza a mostrarse indeciso...

Ni Mick ni mi padre se mueven, ni siquiera un poco, y se mantienen en el mismo lugar igual que estatuas imbatibles a pesar de las palabras de Ángela. Por el rabillo del ojo me parece ver que Mick busca la mirada de Alex... Es evidente quién es el que controla en realidad la situación desde las sombras.

—¿Por qué lo has traído aquí, Mick? —inquiere Sofía, que acaba de recuperarse de la impresión e interviene por primera vez.

—Por favor, no culpes a Mick, tía. He sido yo quien le ha pedido que lo trajera —interviene Alex. Entonces, retira su silla hacia atrás, se pone de pie y da un paso adelante. Sus hombros están alzados y todo su perfil brilla de seguridad. En el bonito y cálido salón de la casa, la temperatura baja varios grados en ese instante, al mismo tiempo que la expectación aumenta igual que cuando el actor principal sale por primera vez a escena. A continuación, y en medio del desconcierto, Alex camina sin prisas hasta mi padre, le rodea de modo familiar con un brazo por los hombros y lo empuja ligeramente hacia la silla libre que hay entre él y Sofía—, porque hay algo que tiene que decirnos a todos —anuncia aún más misterioso—. Por favor, Daniel, toma asiento con nosotros.

—No —digo encontrando finalmente mi voz, sorprendida. Lo último que deseo es que la relación de

Alex con sus padres empeore todavía más a causa mía—. No, Alex. Él no puede estar aquí. Esta no es la manera adecuada de hacer las cosas. —Termino de hablar con mucha más firmeza al notar que me escucha.

Él me mira con esa expresión impasible en la cara que nunca soy capaz de leer, pero sé de algún modo que siente curiosidad por mi negativa. Escondo los puños cerrados bajo el mantel de la mesa.

—Es tu padre, Rebeca. Por supuesto que puede estar aquí con nosotros —asegura incluso con una ceja fruncida que muestra desconcierto.

Suena sincero y en cierta forma casi me hace creer que no existe una segunda intención escondida tras sus palabras.

Todo lo que dice, el modo en el que se mueve su boca... es una verdad aplastante. Siento que soy absorbida por su poderosa luz, pero...

Sacudo la cabeza.

—Hijo. Él es el asesino de tu hermano. —Las palabras apenas salen como un hilo de voz de los labios de Ángela.

—Él no fue quien mató a mi hermano. Nadie lo hizo, igual que tampoco nadie me empujó a mí en aquella montaña —rebate con una pasión contagiosa Alex. Sus ojos lanzan llamas ardientes y son tan brillantes que no puedo apartar los míos de los suyos. El corazón me palpita con fuerza—. Es hora de que todos lo sepáis, incluida tú, mamá. ¡Acepta la realidad de una vez por todas! Has estado tan ciega todo este tiempo con la muerte de mi hermano que tus verdaderos enemigos se han bañado en cada una de tus lágrimas con toda su suciedad.

—¿Qué quieres decir, hijo?

Ángela deja de removerse en los brazos de Dmitry y pone atención a Alex, esta vez en serio.

Enemigos... ¿Es posible que haya personas que sean capaces de hacer daño a una familia tan poderosa como la de Alex?

—Deja que el padre de Beca se siente con nosotros a cenar, mamá —replica en su lugar Alex. Puedo notar como la tensión se acumula en su angulosa mandíbula mientras espera, pero eso es todo cuanto queda de su arranque de hace tan solo un momento.

¿Qué significa todo lo que acaba de decir?